

Fábula de un hombre solo

Vicente Gómez Montero

Siento una gran impresión con esta nueva novela de Federico Reyes Heróles. *El Abecedario* es una construcción narrativa a partir de dos sucesos. La muerte de la esposa del protagonista y su decidida vocación a escribir un abecedario (no un diccionario, ni un catálogo) que contenga las palabras que reproduzcan, lo más posible, la relación con su esposa. A partir de este momento, como después lo encontrará el lector, Samuel Urquiaga buscará una explicación a la muerte de su compañera de vida. La muerte comienza el libro. El por qué lo encontrará si sigue con detenimiento este paseo del narrador por entre las sinuosas aguas de una característica que se ha dejado de lado por parte de la Humanidad, qué sucede con aquellos grandes temas del arte, el amor, la guerra, la vida.

A partir de esta premisa, Reyes Heróles narra el hundimiento de Samuel Urquiaga así como su resurgimiento, para no hablar de términos religiosos. Aunque no es creyente, como tiene el cuidado de afirmarlo varias veces, el protagonista llega a este estado de la religiosidad decantando las palabras del abecedario. Urquiaga es hermano literario de otros personajes del novelista. Pienso en Talbek, en Julián, en Manuel Meñueco. Todos ellos con una frustración amorosa que los opaca, pero que al final pareciera encontrarse de nuevo.

El caso de Samuel Urquiaga es parecido. La pérdida de su esposa lo conduce por el camino de la locura, del instante, de la charla —por demás amena, déjenme decirles— con su piano, Herr Piano que se convierte en uno de los personajes más cariñosos de la obra. La narración de la felicidad cae casi siempre en la infelicidad. Urquiaga recobra el sentido de la vida haciendo su abecedario. Las palabras van fluyendo lentamente, cómodamente, sinuosamente mientras el lector asiste a ese paseo en la cuerda floja del profesor de filosofía, ese paseo entre la locura y la razón.

LIBROS HERMANOS

Reyes Heróles, cruza palabras y autores que va invitando de otro libro reciente. En *Alterados*, el autor expone al menos dos preocupaciones que se renuevan en *El Abecedario*. Vacío y Búsqueda. Las palabras que denotan sendos capítulos de ambos libros no pueden pasarnos por alto. En uno, el filósofo expone su decisión de verse respondido ante ideas tales como *Toda acción humana debe nacer y terminar en el ser humano*. Obviamente, Samuel Urquiaga es un intelectual. Su acción es recordar las palabras con las que fue feliz con Marisol. Claro, todo ejercicio del hombre lleva a una encrucijada. Buscando felicidad puede llegarse a la desesperación. Lo que en un instante de la novela nos parece un vano flirteo del autor resulta en una desmedida PASIÓN. Urquiaga se desmanda. Como buen intelectual, lo hace en el pensamiento. *El Abecedario* es la respuesta a sus denodadas búsquedas. Claro, para no dejarlos de lado, Reyes Heróles invita a varios escritores y filósofos que comparten estas mismas dualidades. Montaigne, Pascal, Pessoa, Ariés, Nozick —que me parece el invitado de honor— Safranski. Todos ellos filósofos de reconocida trayectoria, escrutadores de lo humano, conocedores del camino que va rehaciendo Urquiaga hasta la reflexión final, la que envuelve y da sentido a su vida, a su formación, a su reinicio.

El Vacío se vuelve Búsqueda, la Búsqueda Reencuentro, para no meternos en honduras religiosas. Cuando ya creíamos que asistiríamos a una larga parrafada del autor sobre lo peor, lo mejor de la más dura filosofía, encontramos la mejor muestra de Humanidad para con su personaje. Reyes Heróles le da a Urquiaga la posibilidad de ser feliz. Aunque la felicidad, sea la esposa en problemas de un amigo o la profesora de la que se prenda en otro momento, resulta ejemplo de felicidad.

Novela reflexiva, no sé si exista el género, *El Abecedario* es una sutil MIRADA al devenir del tiempo presente. El subtítulo del otro libro de nuestro autor *Preguntas para el siglo XXI* resulta esclarecedor porque efectivamente, ahí están las preguntas. Esta nueva novela da con las respuestas. *El Abecedario* no es una sucesión de tristezas o de falsas esperanzas. Es una MIRADA al interior de un hombre que, al final de su vida, decide no volver a estar solo.

El narrador, ese personaje omnipresente, cualidad que se otorga a Dios pero que Reyes Heroles comparte, va opinando durante toda la obra. No de manera abierta y cervantina, sino como un apuntador, un chicharo en el oído del lector que pondera pero no conduce. El narrador no es coro, es anotador, es el que iba quitando en las viejas películas mudas los textos con los que el espectador iba siguiendo la trama. Nunca se entromete demasiado, nunca nos deja con la incógnita del tiempo, de los tiempos. Creo que ésta es una de las actitudes que debemos agradecerle al escritor.

FANFARRIA PARA UN HOMBRE SOLO

He realizado el ejercicio ya dos veces. La primera vez lo hice leyendo la novela de Alejo Carpentier, *El acoso*. Es posible leerla escuchando la *Tercera sinfonía de Beethoven*. Después con un libro de Manuel Mujica Láinez llamado *El gran teatro*. Ahí, la representación de la ópera de Wagner, *Parsifal*, movió a los personajes, a los cantantes en su juego de miradas, toses, sonidos y pensamientos delirantes.

Les propongo leer las primeras cincuenta páginas de *El Abecedario* escuchando la *Fanfarría para el hombre común* de Aaron Copland. En esas primeras cincuenta páginas, encontramos la definición total del personaje. Que la novela comience con el cotidiano ritual de amarrarse los zapatos es una muestra más del talento de Reyes Heroles. Comenzar por lo mínimo, para llegar a sentimientos más profundos. A las pruebas me remito.

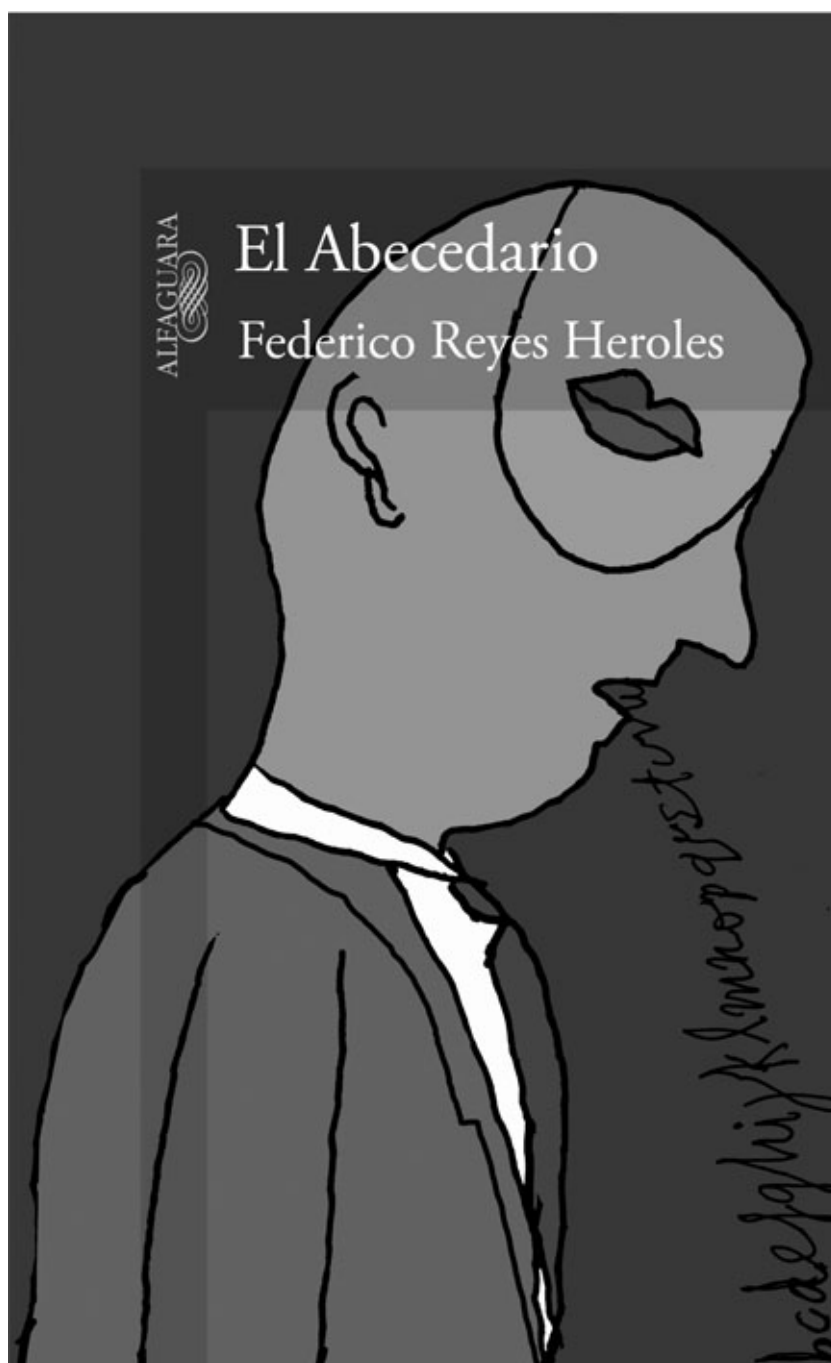
Si leen con atención esta novela, encontrarán que en determinado momento, uno importantísimo para el profesor Urquiaga, el abecedario deja de pertenecer a ese soliloquio pertinaz que va desarrollándose por la novela. En ese preciso momento, el abecedario irrumpe en la vida cotidiana del protagonista. Ya no hay reflexión hacia el centro de la idea, la idea se exterioriza, sale, se entrega al momento de las situaciones. Reyes Heroles, después de ofrecernos la existencia algo perturbada del profesor, lo rescata para que el lector goce esta salida, este emerger (Urquiaga es buen nadador) dejando la depresión allá en el fondo.

Por cierto, disculparán el devaneo musical de hace un momento, pero comparto con Federico Reyes He-

roles el gusto por la música y reconozco en él no a un melómano fácil como esos muchos que citan composiciones musicales para brillar —como yo, creo. Pero el conocimiento del autor es brillante. Camina desde las ya ahora conocidísimas obras de Mahler o Strauss (Richard) hasta Jarreth u Otorino Respighi que son menos cercanos a nosotros.

LAS MUSAS SE DIVIERTEN

Urquiaga tiene tres mujeres en su devenir amoroso. Marisol, el pasado, Corina el inciertísimo presente y Mercedes el futuro. Entre los cuatro se va fortaleciendo una relación de cualidades envolventes. Marisol fue la esposa, la que hizo gozar enormemente a este profesor atildado y distinto. Corina es la mujer joven, her-





Federico Reyes Heróles

mosa que fracasa en su matrimonio. A ella se dedica en un momento el profesor Urquiaga. Las palabras que encontramos mientras busca la relación son PIEL, HÁBITO, GENTILEZA, IMAGINACIÓN. Corina es la mujer vetada. Ambos hablan en un momento de la cuestión de la mujer del prójimo, cosa que impone pues volvemos a lo mismo.

La musa está ahí, Reyes Heróles pareciera identificarla siempre con la mujer alcanzada-perdida-recobrada. Éste no es el primer libro de nuestro autor que leo donde la musa se pierde, para encontrar otra que no suple a la primera porque ésta es una gran enseñanza que nos da el autor, nadie es igual a otro, es otro, u otros, pero nunca el mismo.

Por eso, crear un personaje es difícil. Un personaje tan complejo como Urquiaga es dos veces más difícil. Aquí podríamos detenernos un momento con la importancia de esta novela. Reyes Heróles propone narrar desde el pensamiento. Nos permite conocer en lo que cree Urquiaga, pero las conclusiones son nuestras, es decir, del lector.

ACERCARSE AL AMOR

Verdaderamente, cuando uno concluye de leer *El Abecedario* encuentra una razón más para definirse ante los compromisos. Pasamos nuestra vida en la búsqueda, pero encontrarla es para definir otras dos vertientes, la conservamos, la perdemos. Urquiaga, este profesor de buena cepa, de gentiles maneras, de fortaleza de cedro,

camina sobre esa línea que separa la razón de la locura y sale adelante. Todos tenemos derecho al amor, pareciera ser una de las muchas moralejas de esta novela. Todos lo encontraremos. ¿Todos sabremos conservarlo? Si lo perdemos por accidente o por otra causa fortuita, ¿sabremos recuperarlo? Una palabra más del otro libro de Reyes Heróles es precisamente DESASOSIEGO. En este rubro se instaló Samuel Urquiaga al principio del libro. Lo encontramos diez años después de la muerte de Marisol, cuando una masajista, de la que no nos deja sin conocer su historia el narrador, detona la tecla del aprecio —no me gustaría usar la palabra autoestima, porque no es un libro de Deepak Chopra, pero resulta que así es. Ahí recobra el profesor de filosofía su estima. Reconoce que aun puede sentir, que su carne es sensible al tacto de otra piel.

Encontrar el amor es fácil. Hay en la vida literaria muchas historias de la pérdida, de la locura, del encono contra volver al amor. Reyes Heróles en esta novela se lanza otra vez a demostrarnos que nuestra forja en el mundo no es necesariamente la de Jean Valjean. Podemos ser un Samuel Urquiaga que caminó por entre las azarosas aguas de la Estigia, pero regresó con la experiencia asimilada y el corazón firme.

SIMPOSIUMS Y BANQUETES

Párrafo aparte merecen, a mi gusto, dos secuencias importantísimas de escenas en esta novela. Una, la de la clase impartida a los alumnos. En esos momentos, encontramos al más interesante Urquiaga. Acorrala a sus alumnos, los vuelve a dejar libres, los acorrala nuevamente, impone preguntas aparentemente incontestables. ¡Grandes recuerdos de verdaderos profesores, ya muchos ajenos a estas cosas vinieron a mi mente! Maestro de 24 horas, nunca dejamos de ver la actitud didáctica en el protagonista.

La otra escena que me conmueve mucho es la de las distintas cenas que va efectuando, para recuperar a los amigos sin frecuentar. Claro, quizás aquí no resulte una escena como la del banquete platoniano, y las otras escenas sí recuerdan muy interesantes disquisiciones sobre la filosofía. Ahí reencuentra a Corina que tiene una muy mala experiencia matrimonial. En estas cenas, Urquiaga sirve el mismo menú, atiende de la misma forma pero conmueve su esfuerzo por encontrar datos de la interesada, de la mujer que ha movido nuevamente sus destellos. Sí. *El Abecedario* es una novela donde todo lo humano tiene espacio, donde las pasiones son a la medida del entorno de los personajes, donde todo cabe porque tiene un lugar, una entrada en el abecedario del (des)amor de Urquiaga. Una noble enseñanza de Federico Reyes Heróles. **u**